

CUANDO LA CUARESMA TE HACE LA PASCUA (Relato inédito)

Don Agapito era un hombre de buen estómago y excelente apetito. Cristiano ejemplar, su edad aún no le dispensaba del ayuno, y en su casa, como él decía, servía de almanaque tres veces por semana durante la época cuaresmal, pues los jueves tenía la cara triste, los viernes padecía desfallecimientos generalizados y los sábados hambre de náufrago. Desde el domingo al miércoles era un convaleciente. Y así, guardando los preceptos de la Cuaresma y siguiendo los consejos de su médico y amigo, Don Bartolomé, tan buen practicante como él, fue pasando la mayor parte de su vida.

No estaba dispuesto a pasarse el resto de su vida ayunando, pues cada vez que lo hacía para guardar los preceptos de la Cuaresma, su estómago le hacía la pascua. Y así se terminó convenciendo de que eran el ayuno y la abstinencia los causantes de ese decaimiento general que venía padeciendo desde hacía tiempo. Por eso, el día que cumplió los sesenta años, nada más levantarse, tomó la determinación de ir a la consulta de Bartolo, como él gustaba de llamar al galeno, y plantarle cara. Nada más entrar en la consulta, Bartolo le recibió con una esplendente sonrisa, al tiempo que le estrechaba la mano.

—Estará usted de enhorabuena –le dijo, tratando de agradar, el médico- con la reciente concesión de sazonar las comidas de vigilia con grasa de cerdo y manteca de vaca, además de los caldos de carne o pescado, que no constituyen materia de promiscuación.

—¡Qué va! Yo no me consuelo con tan sutiles reformas –respondió Don Agapito. Las agradezco en lo que valen, pero lo que yo necesito son grasas reales, y, por lo que al caldo se refiere, nada me importa saber que en aquel líquido se han cocido cincuenta jamones.

—Sin embargo, Don Agapito, la sustancia es la sustancia –le replicó Bartolo. Tenga usted presente aquello de *corpora non agunt nisi soluta*¹.

—Bueno –respondió tajante Don Agapito-, pues tómese usted las soluciones y déjeme a mí el corpora insoluta, la presa. No sé si usted lo que quiere es curarme o matarme.

—Hacen mal los médicos –afirmó tajante Bartolo- en proceder tan a la ligera aceptando la responsabilidad que implica el eximir a sus pacientes del cumplimiento de los preceptos cuaresmales. La mayor parte de los hombres cavan su sepultura con los dientes.

No había manera. Don Agapito comprobaba con estupefacción que el ayuno había tomado carta de naturaleza en la terapéutica de su amigo Bartolo, pero él estaba decidido a presentar batalla, pues, con tanto ayuno, empezaba a pensar que acabaría convirtiéndose en uno de esos budistas tibetanos, de quienes se decía que durante un día entero ni siquiera tragaban saliva.

—Don Agapito –volvió a la carga el médico-, para combatir ese decaimiento general que usted viene padeciendo en época de Cuaresma, le voy a recetar una purga durante tres días a base de 30 gramos de sulfato sódico, y no coma usted nada durante ese tiempo, tan solo un caldo hecho a base de cocimiento de ciruelas.

¹ Los cuerpos no reaccionan si no están en disolución [decían los alquimistas].

—Don Agapito -volvió a la carga el médico-, para combatir ese decaimiento general que usted viene padeciendo en época de Cuaresma, le voy a recetar una purga durante tres días a base de 30 gramos de sulfato sódico, y no coma usted nada durante ese tiempo, tan solo un caldo hecho a base de cocimiento de ciruelas.

—Me está usted diciendo que no puedo comer nada, absolutamente nada, durante tres días -inquirió el paciente sin dar crédito a lo que estaba escuchando de boca de su médico y amigo.

—El comer diariamente es un vicio intolerable, -sentenció, impertérrito, el médico. Nuestro inmortal Quevedo dejó escrito: *en la ciencia divina, el ayuno se llama medicina*. El profeta Elías se preparó con el ayuno para sus videncias del porvenir. Mientras Moisés, purificado y dignificado por el ayuno, recibía en sus manos las tablas de la Ley, el pueblo, entregado a las torpezas de la gula -que es maldición de mayores- cometía toda clase de excesos y se prosternaba ante un becerro de oro. Los israelitas que perecieron en el desierto fueron víctimas de su concupiscencia. San Basilio el Magno hace del ayuno una brillantísima apología con estas bellas frases: *Ieiunium legislatores sapientes facit, animae optima custodia, corporis socius securus, athletis et certantibus exercitatio*². Los fisiólogos modernos más sabios y, por consiguiente, menos conocidos han hecho del ayuno un nuevo y racional procedimiento terapéutico...

Y así, Don Agapito escuchó pacientemente los múltiples e interminables argumentos del galeno, a quien empezaba a ver como un diablo disfrazado de médico que intentaba actuar como amigable componedor entre su conciencia y su deseo de alimentarse, para hacerle tomar como imperiosa necesidad la voz de sus -según él- pervertidas apetencias. Estaba convencido de que la inteligencia humana llega al máximo de la clarividencia en aquellas horas en que la digestión está completamente terminada, y para conseguirlo, nada mejor que unos exquisitos manjares que alertan los sentidos, consuelan el espíritu y desagran los secretos del estómago. Con el tratamiento que -se estaba barruntando- le iba a prescribir su médico, seguramente no conseguiría sino remachar aun más el grillete de su esclavitud alimentaria.

—Como dijo el Corregidor de Casona -replicó con energía Don Agapito-, un hombre bien comido es siempre un hombre bueno y un hombre bien bebido es siempre un hombre sabio. El día que a Salomón se le ocurrió la idea de partir a un niño en dos estaba inspirado por una luminosa digestión.

—No, querido amigo. Dispóngase usted -apuntilló Bartolo- a cumplir, *ad pedem litterae*³ los preceptos cuaresmales, pues la Iglesia ha demostrado que no descuida la salud temporal de sus fieles, y nos recomienda la abstinencia y el ayuno, precisamente en esta época del año, justo en primavera. Consuélese usted con los prodigios dones de Pomona, desdeñe los de Baco y no eche en olvido la máxima de Celso, quien, hablando de la primavera, dijo: *Venus eo tempore anni tristissima* est⁴, probablemente por causa de la astenia primaveral. Siga mi tratamiento y vuelva dentro de un mes.

Don Agapito salió de la consulta con unos atribulados pensamientos, pero también con una firme convicción: eurítmica, eugénica y eufóricamente saldría al encuentro de la primavera, mientras Venus lloraba sus tristezas, y, por supuesto, cambiaría de médico.

Bartolomé Delgado Cerrillo.

² El ayuno hace sabios a los legisladores, excelente guardián del alma, seguro compañero del cuerpo, ejercicio para los atletas y luchadores.

³ Al pie de la letra.

⁴ En esta época del año (la primavera) Venus anda muy triste.